



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA FACULTAD DE PSICOLOGÍA
TRABAJO FINAL DE GRADO

¿PUEDE EL AMOR MATERNO NO DEVORAR?

Gabriela Aguerre

CI: 4062479-9

Tutor: Grado 3- Dr. Jorge Bafico.

Docente revisor: Grado 3- Mag. Luis Goncalves.

Índice

Dedicatoria.....	3
Agradecimientos.....	4
Resumen.....	7
Introducción.....	8
Capítulo 1	
1.1. El vínculo madre–hijo: Perspectiva histórica, psicoanalítica y poética.....	10
1.2. Perspectiva histórica del complejo de Edipo.....	16
- Mitología Griega: Edipo Rey (Sófocles)	
1.3. Complejo de Edipo en la teoría freudiana	18
1.4. El Complejo de Edipo desde la perspectiva de Jacques Lacan.....	23
1.5. El Estrago Materno.....	31
1.6. Freud, Lacan y la noción de estrago.....	32
1.7. Aportes de autores contemporáneos.....	34
1.8. El Edipo y los vínculos contemporáneos desde una perspectiva más actual.....	35
Capítulo 2	
2.1. Presentación del caso: “EL PESO DE LA MATERNIDAD”	39
2.2. Articulación teórico-clínica: caso Minerva.....	41
2.3. La parentalidad y las nuevas configuraciones familiares.....	43
Capítulo 3	
Consideraciones finales.....	46
Referencias Bibliográficas.....	48

Dedicado a:

Mis hijos, Matías y Joaquín por ser mi fuerza y mi vuelo, por recordarme que rendirse nunca es destino cuando el amor impulsa el camino.

A Sergio, mi amor, mi pilar y mi calma, por su amor que me sostiene en cada paso, incluso en el silencio.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no hubiera sido posible sin el acompañamiento, la paciencia y la generosidad de quienes caminaron conmigo durante todo este proceso. Llegar hasta aquí fue un recorrido lleno de aprendizajes, noches largas, dudas, emociones y certezas. No hay logro que sea solo individual; cada paso fue acompañado por miradas, palabras y presencias que me sostuvieron cuando las fuerzas flaqueaban.

A Sergio, el amor de mi vida, por acompañarme en cada paso de este camino, por su presencia, su amor y por recordarme siempre el sentido de lo esencial. Por estar siempre, por sostenerme incluso en los días en que yo misma dudaba. Por impulsarme a ir a la facultad cuando el cansancio me vencía, por darme aliento cuando pensaba que no podía más. Gracias por cada almuerzo y cada cena, por cada té que llegaba silencioso mientras estudiaba, por acompañarme en cada jornada y cada madrugada. Por esperarme, por llevarme y buscarme sin importar la hora ni la lluvia, por compartir conmigo este camino con amor y paciencia. Por su ternura, esa que se manifestaba en los pequeños gestos: en una mirada, en un silencio cómplice, en una taza de té o en un simple “Te va a ir bien”. Por estar, sin decir demasiado, pero haciendo sentir todo. Este logro también es tuyo.

A mis hijos, Matías y Joaquín, el motor más profundo de todos mis esfuerzos. Ustedes son mi razón y mi horizonte. Deseo que se sientan orgullosos de mí, que comprendan que los sueños se alcanzan con perseverancia, con pasión y con entrega. Que en el camino siempre habrá tropiezos, pero que cada caída enseña, y que rendirse no es una opción cuando algo realmente importa. Que vean en este logro la prueba de que todo es posible cuando uno cree y sigue, aun en medio de la incertidumbre. Deseo que algún día, al mirar atrás, se sientan orgullosos de su madre y comprendan que los sueños se construyen con esfuerzo, perseverancia y amor, en los errores y en los aciertos como madre esto también es por ustedes.

A mi familia, mi hermana, que siempre está, con su forma franca de decir lo que piensa y su cariño que se deja ver entre gestos y silencios. A mis sobrinas, por su frescura y por recordarme la alegría de lo simple. A mi madre que supo estar a su manera y a mi hermano. Que a pesar de no estar cerca igual esta. Y a esa otra familia que también es mía: René, Verónica, por estar, preocupadas y siempre alegrándose y festejando mis logros y Victoria que ahora está lejos pero igual siempre está. Gracias a las tres por estar siempre, por creer en mí, por acompañar cada paso con afecto sincero que me sostuvo más de lo que imaginan.

A mis amigas, esas presencias que dan sentido a tantos días.

A *Laura*, que comenzó siendo compañera de facultad y terminó siendo una gran amiga, incondicional y sincera. Gracias por tu escucha infinita, por decirme las cosas con franqueza, por tus rezongos cuando eran necesarios, por acompañarme en cada pequeño logro y celebrar conmigo cada paso. Gracias por estar siempre, en todo momento.

A *Fiorella*, por compartir conmigo la pasión por el psicoanálisis, por escucharme siempre y estar, con esa calidez que atraviesa cualquier distancia.

A *Antonella, Virginia y Julieta*, grandes amigas de la vida, que, aunque pasen los años o el tiempo sin vernos, sé que siempre están. Porque en las alegrías y en las tristezas, en los silencios y en los encuentros, siempre hay un lazo que nos vuelve a reunir.

A mis compañeras de trabajo, Melany, Micelena, Ailén y Fernanda, que me escucharon durante horas hablar de la facultad, del psicoanálisis y de tantas cosas del día a día. Gracias por compartir alegrías y tristezas, por la sinceridad de cada conversación, por su humanidad y por el cariño que se siente en los pequeños gestos. Cada una, con su estilo y su forma de ser, aportó algo único a este camino, y de todas aprendí algo que me acompañará siempre.

A mis docentes de la Práctica Integral y de la Práctica de Graduación en la *Clínica Psicoanalítica de la Unión*, Octavio Carrasco y Marcelo Gambini, por su guía y por abrir caminos de pensamiento que ampliaron mis horizontes, que me transmitieron la pasión por el psicoanálisis y la importancia de sostener la pregunta como motor del saber. Por su acompañamiento, su escucha y por haberme transmitido la pasión por la clínica desde un lugar profundamente humano. Gracias por guiarme en los primeros pasos dentro del campo profesional, por su calidez y por su compromiso en la formación.

A mis compañeros/as de la Práctica Integral, quienes formaron parte de mi primera experiencia en la práctica preprofesional. Cada encuentro, cada caso compartido y cada conversación fueron aprendizajes que dejaron huella.

Un agradecimiento especial a Leonardo y Camila, con quienes compartí una experiencia inolvidable: nuestro viaje a Chile, a la *Universidad Diego Portales*, en mi primera pasantía. Fue también mi primer viaje en avión y mi primer encuentro con la nieve. Diez días compartiendo caminos, risas, recorridos y aprendizajes que quedarán guardados en mi memoria como un capítulo lleno de descubrimientos y afectos.

A mis compañeros/as de la Práctica de Graduación, por el compañerismo, el apoyo y la complicidad de ese tramo final tan intenso. Y especialmente a mis compañeros de

dupla, Leonardo y Belén, por el trabajo compartido, la paciencia, el diálogo y el respeto mutuo. Gracias por ser parte de una experiencia que no solo me formó como profesional, sino que también me permitió descubrir el valor del trabajo en equipo y la escucha compartida.

A Jorge Bafico, mi tutor y docente referente, por su generosidad, por su tiempo y por soportar mis insistencias, mis mensajes y mis preguntas interminables. Su pasión por el psicoanálisis lacaniano fue, sin duda, una llama que encendió la mía. Escucharlo hablar de Lacan con tanto fervor despertó en mí la misma fascinación, el deseo de seguir indagando, de seguir pensando y de sostener el amor por el saber.

A Luis Gonçalves, mi revisor, por aceptar el desafío y acompañar con respeto y compromiso este proceso tan significativo.

A Alejandro de Cristofano, por su humanidad, por su escucha siempre atenta, por sus palabras de aliento en los momentos de frustración y por compartir también mis pequeñas alegrías. Por estar presente, con empatía y calidez, cuando más lo necesitaba.

A todos los que fueron parte de este trayecto, a los que me acompañaron de cerca o en silencio, gracias. Este trabajo no es solo el cierre de una carrera: es la síntesis de un recorrido lleno de vínculos, afectos y aprendizajes que me transformaron profundamente.

- “*No se llega solo. Siempre hay manos, voces y miradas que nos sostienen mientras aprendemos a volar*” -Anónimo.

Resumen

El presente trabajo final de grado aborda el vínculo madre-hijo y el estrago materno desde una perspectiva psicoanalítica, tomando como eje la articulación entre los desarrollos freudianos, lacanianos y los aportes contemporáneos de autores como Brodsky, Soler, Miller, Laurent, Tendlarz y De Cristofano. Se parte de un recorrido histórico sobre la evolución del lazo materno desde el siglo XVIII hasta la actualidad, donde se observa una transformación de la maternidad desde lo divino y sagrado hacia su problematización como construcción simbólica y subjetiva.

En el plano teórico, se profundiza en el complejo de Edipo como estructura fundante de la subjetividad y en la función paterna como mediadora del deseo materno. Desde Lacan, se introduce el concepto de estrago materno como el efecto devastador del goce sin límite que puede surgir en la relación madre-hijo cuando falta la mediación simbólica.

El trabajo se ilustra con el caso clínico de Minerva, una joven madre cuya historia evidencia la transmisión transgeneracional del goce materno y la declinación de la función paterna. A través de su proceso analítico, se observa la posibilidad de una salida del circuito del estrago mediante la construcción de un deseo propio.

En suma, este trabajo final demuestra que el psicoanálisis permite leer las nuevas configuraciones familiares y los impasses de la maternidad contemporánea, destacando que la función materna implica no completud, sino invención y transmisión de la falta como vía de subjetivación.

“El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse sin un velo. Ese velo es el falo, significante del deseo de la madre” -Jaques Lacan 1956/57-

Introducción

La maternidad ha ocupado, a lo largo de la historia, un lugar de privilegio en las representaciones culturales, religiosas y científicas. Desde las antiguas figuras divinas que simbolizaban la fertilidad y el origen de la vida, hasta las configuraciones actuales de las familias contemporáneas, el vínculo entre madre e hijo se mantiene como una de las relaciones más significativas y enigmáticas de la existencia humana. Sin embargo, más allá de su aparente naturalidad, dicho lazo encierra una complejidad psíquica que el psicoanálisis ha sabido revelar.

Este trabajo parte de la hipótesis de que el vínculo madre-hijo no puede reducirse ni a la biología ni a las normas sociales, sino que constituye una estructura de deseo, atravesada por la falta, el lenguaje y el goce. Desde los aportes de Sigmund Freud hasta las reformulaciones de Jacques Lacan y los desarrollos contemporáneos de autores como Miller, Laurent, Soler, Brodsky, Tendlarz, Bafico y De Cristofano, la maternidad es pensada como un lugar donde se juega la constitución subjetiva tanto del hijo como de la madre misma.

El psicoanálisis muestra que la madre, lejos de ser un mero sostén vital, es el primer Otro que introduce al niño en el campo del deseo. Sin embargo, cuando el deseo materno no encuentra el límite simbólico del Nombre-del-Padre, puede producirse un exceso: un goce ilimitado que aprisiona al hijo en el lugar de objeto del deseo materno. Es lo que Lacan denomina estrago materno, concepto central para esta investigación, que permite pensar las formas contemporáneas de sufrimiento ligadas a lo materno.

En este contexto, este trabajo final de grado propone una lectura articulada entre la teoría y la clínica.

Por un lado, se realiza un recorrido histórico y conceptual que permite comprender cómo ha evolucionado la idea de maternidad en el pensamiento occidental y en el psicoanálisis. Por otro, se analiza el caso clínico de Minerva, presentado por Alejandro De Cristofano, presentado en las actividades de la EOL que encarna en su historia los efectos devastadores del estrago materno y la posibilidad de subjetivación a través de la palabra y el deseo.

La elección de este tema responde a la necesidad de interrogar, desde el psicoanálisis, los modos en que el lazo materno se reconfigura en la contemporaneidad, marcada por

la pluralidad de filiaciones, la caída de las referencias paternas tradicionales y la emergencia de nuevas formas de goce y de vínculo.

En ese marco, la función materna se presenta no como una esencia, sino como un acto de invención, un modo singular de hacer con la falta y de transmitirla al hijo como posibilidad de subjetividad.

Así, este trabajo se inscribe en una interrogación central del discurso psicoanalítico: ¿qué significa ser madre hoy, en una época donde los límites simbólicos se disuelven y el goce materno parece expandirse más allá de toda medida? La respuesta no busca ofrecer una definición cerrada, sino abrir un campo de reflexión sobre la maternidad como experiencia simbólica, afectiva y clínica, donde se entrecruzan la historia, la cultura y el inconsciente.

“El deseo no nace del tener, sino de la falta. En la falta vive la posibilidad del amor”

-Sigmund Freud 1915/1922-

CAPITULO 1

1.1 El vínculo madre–hijo: Perspectiva histórica, psicoanalítica y poética

El vínculo entre madre e hijo constituye uno de los núcleos más antiguos y enigmáticos de la humanidad. Desde el momento del nacimiento, marcado por el corte entre dos cuerpos que antes eran vivenciados como uno, se inaugura una experiencia radical de separación y de dependencia que dejará huellas imborrables en la vida psíquica. Ningún otro lazo ha sido tan cargado de símbolos, tan fecundo en representaciones religiosas, artísticas y poéticas, ni tan decisivo en la teoría psicoanalítica. El hijo emerge como eco de un latido primero, y la madre, como la morada donde ese eco resuena para siempre.

En las civilizaciones antiguas, la maternidad fue elevada a categoría divina. Isis alimentando a Horus en Egipto, Deméter buscando a Perséfone en Grecia o Tonantzin en Mesoamérica expresaban que el amor materno no se limitaba a la biología, sino que pertenecía al orden de lo cósmico. La madre era tierra, fertilidad y tumba, principio y fin.

Esta sacralización dio paso, en el cristianismo, a la figura de la Virgen María: madre pura y dolorosa, mujer que concibe sin deseo carnal y acompaña a su hijo hasta la cruz. El Stabat Mater medieval la invoca “de pie junto a la cruz, llorando mientras su hijo pende”, mostrando al amor materno como absoluto, amor que no cesa ni siquiera frente a la muerte. Durante la Edad Media, la representación de Santa Ana junto a María y el Niño subrayó el linaje femenino y la transmisión del cuidado. El Renacimiento multiplicó las imágenes de la Madonna con el Niño, exaltando la maternidad como centro de la experiencia estética y religiosa.

Con la modernidad, la maternidad se transformó en objeto de regulación pedagógica y médica. Rousseau, en Emilio (1762), insistía en que la madre debía ser la primera educadora, pues de su cercanía dependía la formación moral del niño.

En el siglo XIX, la industrialización situó a la madre como guardiana del hogar y del afecto, mientras el padre representaba la autoridad en la esfera pública. Philippe Ariès (1960) mostró cómo la invención moderna de la infancia intensificó la intimidad del vínculo madre-hijo, que pasó a ocupar un lugar central en la vida privada.

El psicoanálisis, desde Freud, abrió un capítulo decisivo en la comprensión de la maternidad.

En Tres ensayos de teoría sexual (1905), el fundador del psicoanálisis describió a la madre como el primer objeto de amor: no solo satisface las necesidades vitales del niño, sino que inaugura su sexualidad, introduciendo la pulsión en el acto mismo de la lactancia. El niño no se alimenta únicamente, sino que goza.

En Introducción al narcisismo (1914), Freud mostró que la madre ama al hijo como prolongación de su propio narcisismo, depositando en él sus ideales incumplidos, amándolo como portador de su inmortalidad. El Edipo confirma que el amor a la madre es el primer amor imposible: objeto de deseo y a la vez de prohibición. En la neurosis, ese vínculo retorna bajo la forma del síntoma; en la histeria, la demanda dirigida a la madre se desplaza al analista, como en el célebre caso Dora; en la psicosis, la madre aparece como figura intrusiva, ilimitada, fuente de invasión subjetiva. Freud también interrogó la maternidad en La sexualidad femenina (1931), mostrando cómo la niña, para constituirse como mujer, debe transformar su amor primero por la madre y orientarlo hacia otras identificaciones.

Lacan reelaboró este legado y situó a la madre como función.

En el Seminario IV (1956-1957), la describe como el Otro primordial de la demanda: de ella depende que el niño viva o muera, y en esa dependencia se inaugura la dialéctica de la falta. La madre aparece entonces como un poder absoluto, cuya presencia y ausencia marcan la experiencia de satisfacción y de frustración. Pero lo decisivo en Lacan es que el niño no solo depende de la presencia materna, sino que se constituye en la pregunta: “¿qué quiere mi madre de mí?”.

En el Seminario V (1957-1958), Lacan enfatiza que este enigma funda al sujeto. El niño puede quedar atrapado en el lugar de objeto a del deseo materno, reducido a ser suplemento de una falta. El corte introducido por el Nombre-del-Padre es lo que limita ese goce ilimitado y posibilita la separación. En su ausencia, como Lacan lo desarrolló en el Seminario III sobre las psicosis (1955-1956), el sujeto queda expuesto a la omnipotencia materna, con consecuencias devastadoras.

Más allá de esta articulación con la ley, Lacan también situó la maternidad en relación con el goce femenino.

En Aún (1972-1973), plantea que existe un goce suplementario, no todo regulado por lo fálico, que concierne a las mujeres. La maternidad puede ser una de las vías de este goce, y el hijo, en ocasiones, aparece como respuesta a ese exceso. Así, el vínculo madre-hijo se sitúa en un delicado equilibrio entre amor y goce, sostén y amenaza.

Jacques-Alain Miller prolongó la enseñanza de Lacan destacando que la madre puede ser leída como síntoma del padre.

En Sutilezas analíticas (2008-2009), explica que la forma en que una mujer ejerce la maternidad se enlaza con su modo de goce y con el lazo con su partenaire. En Los usos del lapsus (2001-2002), advierte que el niño puede quedar fijado como objeto a del goce materno, lo que lo reduce a objeto, sofocando su posibilidad de subjetivación. Miller también resalta la pluralización contemporánea de la función materna: ya no existe un único modelo, ni depende de la madre biológica. Lo esencial es que se ejerza la función simbólica que introduce al niño en el campo del deseo y del lenguaje, algo que puede realizarse en familias monoparentales, homoparentales o a través de técnicas de reproducción asistida.

Érik Laurent, por su parte, en La batalla del autismo (2012), profundiza en la relación

entre maternidad y goce femenino. El hijo puede ser respuesta a ese goce que no está todo regulado por el Nombre-del-Padre. El problema es que esa respuesta puede fijar al niño en un lugar de pura satisfacción del Otro, sin permitirle una salida subjetiva.

Laurent insiste en que la maternidad introduce un tiempo lógico, no meramente cronológico: cada madre organiza ritmos de presencia y ausencia que marcan para siempre al sujeto. La clínica del autismo ilustra el riesgo de un vínculo sin separación, donde el niño queda fijado a un goce materno ilimitado.

Silvia Elena Tendlarz, heredera directa de la enseñanza lacaniana, ha insistido en que la función materna debe ser leída como un campo de invención subjetiva. En *El inconsciente enamorado* (2006) y en *La erótica del tiempo* (2013), Tendlarz subraya que la madre, lejos de ser una figura uniforme, es un modo singular en que una mujer se confronta con su goce y con su falta. El hijo aparece como testigo privilegiado de ese encuentro entre el deseo y el goce femenino. Para Tendlarz, la maternidad no puede reducirse a lo biológico ni a lo social, sino que constituye una operación subjetiva: cada mujer inventa su forma de ser madre, y en esa invención introduce al hijo en una trama simbólica y real que marcará su destino.

En Uruguay, Jorge Bafico ha contribuido a pensar estas transformaciones contemporáneas del lazo madre-hijo en la clínica y en la cultura. En textos como *El goce, la locura, la clínica* (2006) y *El porvenir del síntoma* (2017), Bafico advierte que el vínculo materno no puede entenderse sin la referencia al goce, que muchas veces se presenta en exceso y sin mediación. El hijo puede ser convocado como sostén del goce materno o como taponamiento de un vacío, lo que genera fenómenos clínicos de gran complejidad. Bafico, además, ha señalado que las mutaciones de la familia contemporánea —marcadas por la pluralidad de filiaciones y la caída de los grandes ideales paternos— colocan a la madre en un lugar inédito: ya no como garante natural, sino como agente de invención, capaz de sostener un lazo en el que lo simbólico debe

recrearse continuamente.

Finalmente, en la producción más reciente de Alejandro De Cristofano, encontramos aportes que iluminan la dimensión temporal del vínculo madre-hijo.

En su trabajo *Invención en los márgenes del vacío y el lenguaje* (2023), De Cristofano subraya que allí donde el discurso no alcanza a colmar lo real, se produce una invención singular.

Esta idea permite pensar que la maternidad, más que un lugar de completud, es una práctica de invención permanente en los márgenes de la falta, donde el hijo es introducido en la experiencia de un tiempo subjetivo. En diálogo con la tradición lacaniana, De Cristofano plantea que el lazo madre-hijo se constituye como un “viaje en el tiempo del deseo”: ni pura repetición del pasado, ni predeterminación del futuro, sino un trabajo en el presente que se reinventa cada vez en el lenguaje.

Otros autores han enriquecido este campo.

Silvia Bleichmar subrayó que la función materna constituye la fundación del inconsciente, como entramado simbólico primordial. Jessica Benjamin, desde una perspectiva feminista, resaltó la mutualidad y el reconocimiento en la relación madre-hijo, desplazando la unilateralidad clásica.

John Bowlby, con su teoría del apego, aportó la noción de seguridad afectiva como base del desarrollo psíquico, en un diálogo complejo con el psicoanálisis. Más recientemente, las neurociencias han mostrado cómo el vínculo materno afecta al desarrollo neuronal temprano, mientras los estudios de género cuestionan la naturalización de la maternidad y la convierten en un campo de elección y pluralidad.

Más allá de las teorías, la maternidad se ha pensado también desde la poesía y la religión como un misterio de tiempo y eternidad. “El hijo es la prolongación de una herida sagrada: el corte del nacimiento que une para siempre.” “La madre es el lugar donde el tiempo se suspende: en su regazo el instante se vuelve eterno.” Estas metáforas condensan lo que ni la ciencia ni la filosofía pueden agotar: la experiencia maternal como origen y límite, unión y pérdida, eternidad y fugacidad.

La conclusión psicoanalítica de este recorrido es que el vínculo madre-hijo no puede comprenderse como mero instinto biológico ni como simple rol cultural, sino como una estructura de deseo atravesada por la falta y por el goce. Freud lo mostró como el primer objeto, narcisista y edípico; Lacan lo pensó como función simbólica y como enigma del deseo materno; Miller lo articuló como síntoma y pluralidad en la contemporaneidad; Laurent lo situó en la tensión con el goce femenino y en los impasses clínicos de nuestro tiempo; Tendlarz lo subrayó como campo de invención singular donde cada madre se confronta con lo imposible y lo contingente; Bafico lo actualiza al mostrar cómo el goce materno y la pluralidad de filiaciones marcan el porvenir de la clínica; y De Cristofano, finalmente, abre una vía hacia el tiempo subjetivo como matriz donde la maternidad se reinventa en los márgenes del lenguaje. El psicoanálisis enseña que ser madre no equivale a completud, sino que implica confrontarse con la falta y transmitirla al hijo como posibilidad de subjetivación. El vínculo madre-hijo, así, no es solo origen de vida, sino condición de subjetividad: allí donde se juega el pasaje del cuerpo biológico al cuerpo habitado por el lenguaje, del instinto al deseo, de la naturaleza a la cultura.

Como escribió Rilke: “El amor de la madre es el único que se asemeja a la creación: da sin esperar, sostiene sin exigir, se prolonga incluso en la ausencia”.

1.2 Perspectiva histórica del complejo de Edipo

Introducción

El concepto de complejo de Edipo fue desarrollado por Sigmund Freud, quien encontró su principal inspiración en la mitología griega clásica, específicamente en la tragedia *Edipo Rey* de **Sófocles**. A partir de este mito, Freud elaboró una teoría fundamental para el psicoanálisis, en la que el drama trágico se convierte en metáfora del deseo inconsciente y de los conflictos estructurales que atraviesan la constitución subjetiva.

El mito de Edipo en la tragedia griega

En la tragedia *Edipo Rey*, Sófocles narra la historia de Edipo, hijo de Layo y Yocasta, reyes de Tebas. Según la profecía del oráculo de Delfos, Layo sería asesinado por su propio hijo. Para evitar que la predicción se cumpla, el rey ordena entregar al recién nacido a un sirviente con la instrucción de abandonarlo en el monte Citerón.

Sin embargo, el sirviente desobedece las órdenes y entrega al niño a un pastor, quien, a su vez, lo confía al rey de Corinto, Pólipo, y a su esposa Merope. Ellos lo adoptan, lo nombran Edipo —que significa “pies hinchados”, en alusión a las heridas provocadas por haber sido atado de los tobillos— y lo crían como si fuera su propio hijo.

Con el paso del tiempo, Edipo escucha rumores sobre su origen y, movido por la duda, consulta al oráculo de Delfos. Allí se le revela un destino trágico: matará a su padre y se casará con su madre. Creyendo que sus padres biológicos son los reyes de Corinto, decide alejarse para evitar cumplir la profecía, emprendiendo un viaje hacia Tebas.

En el camino, se encuentra con Layo, sin saber que es su verdadero padre. En una encrucijada, el heraldo de Layo le exige el paso, y tras una disputa, Edipo, enfurecido, mata al heraldo y al propio Layo. Sin ser consciente de ello, el joven cumple así la primera parte del destino anunciado por el oráculo.

Al llegar a Tebas, Edipo resuelve el enigma de la Esfinge, liberando a la ciudad de su maldición, por lo que es recompensado con el trono y la mano de la reina Yocasta, su madre. De esta manera, sin saberlo, comete el doble crimen: el parricidio y el incesto.

Con el tiempo, la verdad sale a la luz. Cuando Edipo descubre que Yocasta es su madre y Layo su padre, queda devastado por el horror del crimen cometido. Yocasta, al comprender la verdad, decide suicidarse, y Edipo, consumido por la culpa, se arranca los ojos y abandona Tebas para vagar ciego y humillado por Grecia.

El mito como metáfora del destino psíquico

La tragedia de *Edipo Rey* condensa una verdad estructural que Freud trasladará al campo del psicoanálisis. En su lectura, Edipo comete sus actos “sin saberlo”, guiado por un destino inconsciente que, aunque se esfuerza por evitar, termina cumpliéndose inexorablemente. Este carácter de inevitabilidad es lo que lleva a Freud a considerar el mito como una expresión simbólica del destino humano universal.

Freud interpreta que el niño realiza en la fantasía lo que Edipo realizó en la realidad: el deseo inconsciente de eliminar al progenitor del mismo sexo y poseer al del sexo opuesto. El mito adquiere así un valor paradigmático, al representar las conflictivas edípicas que estructuran la constitución del sujeto y su relación con la ley, el deseo y la culpa.

Desde esta perspectiva, el drama de Edipo no se centra en un crimen consciente, sino en una búsqueda de la verdad que el protagonista debe ir descubriendo progresivamente, tal como ocurre en la experiencia psicoanalítica. La verdad, en ambos casos, no se conoce de antemano: se construye a medida que se avanza en el proceso de descubrimiento de lo inconsciente.

Significación psicoanalítica del mito

Freud encuentra en el mito de Edipo una representación simbólica del conflicto central del desarrollo psicosexual. La tragedia griega se convierte así en una metáfora del inconsciente y de los deseos reprimidos que constituyen el núcleo de la neurosis.

El carácter trágico del destino de Edipo no radica únicamente en sus actos, sino en la imposibilidad de escapar al cumplimiento del deseo inconsciente. Este deseo, reprimido y desconocido para el sujeto, retorna bajo formas sintomáticas, del mismo modo que la verdad de Edipo se revela solo al final de su historia, cuando ya es demasiado tarde.

De este modo, Freud transforma el mito en un paradigma estructural: el complejo de Edipo representa el paso necesario por el deseo, la culpa, la castración y la internalización de la ley, que permitirán al sujeto constituirse como tal.

El mito, entonces, no es solo un relato de la antigüedad, sino una escenificación simbólica del drama psíquico que habita en todo ser humano. En palabras de Freud, el mito de Edipo “explota una compulsión de cuya existencia todo el mundo reconoce haber sentido en sí mismo los indicios” (Freud, 1897/1992, p. 261).

El mito de *Edipo Rey* trasciende la literatura griega para convertirse, a través del psicoanálisis freudiano, en una clave fundamental para comprender la constitución del sujeto, la emergencia del deseo y la relación con la ley y la culpa.

Freud encuentra en esta tragedia la metáfora perfecta del funcionamiento del inconsciente: una verdad que el sujeto ignora, pero que actúa en él de manera determinante, repitiéndose hasta ser reconocida. Así como Edipo descubre que su destino fue inevitable, el sujeto, a través del análisis, se confronta con las determinaciones inconscientes que lo constituyen.

De esta manera, el mito de Edipo no solo ofrece una explicación mítica del destino humano, sino que revela, bajo el lenguaje de la tragedia, la lógica profunda del deseo y la ley que Freud identificará como universales en la experiencia humana.

1.3 Complejo de Edipo en la teoría freudiana

El complejo de Edipo constituye uno de los pilares fundamentales de la teoría psicoanalítica freudiana y ha sido considerado como el “complejo nuclear de las neurosis” (Freud, 1905/2013). Fue introducido por Sigmund Freud y reformulado posteriormente por Jacques Lacan, convirtiéndose en un concepto central tanto para la metapsicología como para la clínica psicoanalítica.

Su denominación proviene de la mitología griega clásica, específicamente de la tragedia *Edipo Rey* de Sófocles, en la que el héroe trágico, sin saberlo, mata a su padre y se casa con su madre, cumpliendo así un destino signado por el parricidio y el incesto. A partir de este análisis, Freud establece una analogía entre el destino trágico de Edipo y los deseos inconscientes infantiles (Freud, 1900/2012). Retomando esta narrativa mítica, describe un momento estructurante en el desarrollo psicosexual.

El complejo de Edipo: articulación entre lo biológico, lo psíquico y lo social

El complejo de Edipo representa un punto de articulación entre lo biológico, lo psíquico y lo social, pues implica la puesta en juego de los deseos inconscientes, la instauración de las prohibiciones culturales y la configuración de las primeras identificaciones.

Se refiere a un conjunto de deseos amorosos y hostiles que el niño dirige hacia sus progenitores. Este aparece aproximadamente entre los tres y los cinco años, durante la fase fálica del desarrollo psicosexual. En esta etapa, la libido infantil se concentra en los genitales, y el niño comienza a experimentar un fuerte apego libidinal hacia el progenitor del sexo opuesto, junto con sentimientos de rivalidad hacia el del mismo sexo.

En el caso del niño, el objeto de amor privilegiado es la madre, mientras que el padre se convierte en rival. Surge entonces el temor a la castración como respuesta a la amenaza paterna, lo cual conduce a la renuncia al deseo incestuoso.

En la niña, el proceso es más complejo. Inicialmente, la madre es el primer objeto de amor, pero al descubrir la diferencia anatómica y percibirse como “castrada”, la niña dirige su deseo hacia el padre, generando rivalidad con la madre. Este movimiento se traduce en el deseo hacia el padre y en los celos respecto de la madre (Freud, 1924/2006).

Resolución y consecuencias psíquicas del complejo de Edipo

La resolución del complejo de Edipo es crucial para la estructuración del psiquismo, pues implica la renuncia al deseo incestuoso y la internalización de la prohibición. En el niño, la amenaza de castración impone un límite que posibilita la identificación con el padre y el acceso a la instancia del superyó (Freud, 1923/2008).

Al renunciar al deseo incestuoso por la madre, el niño se identifica con el padre e internaliza la instancia normativa del superyó, marcando así la entrada en la cultura y la moralidad (Freud, 1923/2008).

En la niña, la resolución del Edipo es más prolongada y compleja, con una particularidad: el deseo de poseer un hijo del padre como sustituto del pene perdido. Este desplazamiento configura, según Freud, la orientación hacia la maternidad como resolución posible del complejo (Freud, 1931/2008).

La internalización de la figura paterna permite al sujeto ingresar en el orden de la ley y la cultura. Según Freud (1924/2006), la disolución del Edipo da origen a las identificaciones y a la estructuración del superyó como instancia moral. Freud insistió en que el complejo de Edipo no debía entenderse solo como una fase evolutiva, sino como una estructura permanente del psiquismo.

Aunque se “resuelve” en la infancia, sus huellas permanecen inconscientes y pueden reaparecer bajo diversas formas sintomáticas, fantasías, elecciones amorosas y modalidades de relación con la autoridad (Freud, 1924/2006). De este modo, el Edipo se configura como un momento fundante de la subjetividad y del lazo social, ya que introduce la dimensión de la ley, la prohibición y la regulación del deseo.

Universalidad del complejo de Edipo

La importancia del complejo de Edipo en la teoría freudiana es tal que Freud lo elevó a una categoría universal. Si bien reconoció que las formas culturales y familiares pueden variar, consideró que las fantasías inconscientes edípicas son una constante en la constitución del sujeto humano (Freud, 1924/2006).

Por ello, el Edipo se convierte en un concepto articulador de la teoría del desarrollo psicosexual, de la metapsicología y de la clínica psicoanalítica.

Orígenes del concepto en la obra freudiana

Los orígenes del concepto pueden rastrearse en la correspondencia que Freud mantenía con Wilhelm Fliess entre los años 1887 y 1904. La primera vez que el complejo de Edipo es mencionado en su obra es en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900), donde analiza la tragedia de *Edipo Rey*. Allí encuentra manifestaciones de este complejo en los sueños, al comprobar la frecuencia de los sueños de incesto o de muerte del progenitor del mismo sexo que el soñante.

Sin embargo, existe una huella más temprana en la carta n.^º 71 que Freud envía a Fliess el 15 de octubre de 1897, donde escribe: “Solo una idea de valor general se me ha ocurrido, he encontrado amor por la madre y celos por el padre también en mi propio caso y ahora creo que sea un fenómeno general de la primera infancia...” (Freud, 1897/1992, p. 261).

En esta formulación temprana, Freud comunica el descubrimiento del complejo nuclear edípico al observar, en sus casos clínicos y en su propia experiencia, la presencia de

amor hacia la madre y rivalidad con el padre. De este modo, establece que se trata de un fenómeno universal propio de la constitución psíquica infantil.

Freud transmite a Fliess que “la poderosa influencia de *Edipo Rey* se vuelve inteligible (...) el mito griego explota una compulsión de cuya existencia todo el mundo reconoce haber sentido en sí mismo los indicios...” (Freud, 1897, p. 261).

El desarrollo del complejo de Edipo en la obra freudiana

En *Tres ensayos para una teoría sexual* (Freud, 1905), desarrolla su teoría de las etapas del desarrollo sexual infantil —fase oral, anal, fálica y genital—, y presenta el Edipo como núcleo de la vida sexual infantil, marcada por la atracción hacia el progenitor del sexo opuesto y la rivalidad con el del mismo sexo.

Al analizar la succión del pecho materno, considera este acto como la primera manifestación de la sexualidad infantil y el despertar de la pulsión, raíz más primitiva de la sexualidad. Con el desarrollo, ese amor al pecho se extiende hacia la madre, y a este amor incestuoso se oponen la educación parental y el tabú del incesto.

La existencia de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo se confirma también en el análisis del caso Hans o “caso Juanito” (Freud, 1909/1992), a través del cual Freud consolida sus ideas sobre la sexualidad infantil y el complejo nuclear edípico.

El pequeño Hans presenta una fobia a los caballos como expresión de sus deseos incestuosos hacia la madre y su rivalidad con el padre. El temor a ser mordido por un caballo representa el miedo a la venganza del padre por los celos y deseos agresivos hacia él. La temida castración por parte del padre aparece, así como consecuencia del Edipo. Sin embargo, en el caso Juanito no solo hay odio hacia el padre, sino también amor, revelando la ambivalencia propia de la relación edípica.

Los casos clínicos presentados por Freud resultan fundamentales para ilustrar y sustentar sus ideas sobre la sexualidad infantil y el complejo de Edipo, evidenciando cómo los conflictos, deseos y ansiedades tempranos pueden tener influencia duradera en la psique y el comportamiento de los sujetos.

El complejo de Edipo y las instancias psíquicas

En *El yo y el ello* (Freud, 1923/2008), el complejo de Edipo aparece como motor de la conformación de las instancias psíquicas —ellos, yo y superyó—, involucradas en la conflictiva de los deseos inconscientes surgidos de esta etapa del desarrollo.

El “ello” representa la parte más primitiva e instintiva, regida por el principio del placer; el “yo” se desarrolla para mediar entre los impulsos del ello y las exigencias de la realidad; y el “superyó” encarna las normas y valores internalizados, reprimiendo los deseos incestuosos y hostiles hacia los padres.

En *La disolución del complejo de Edipo* (Freud, 1924/2006), Freud conceptualiza su resolución en términos de amenaza de castración y constitución del superyó, introduciendo así la dimensión de la ley y la moralidad. Posteriormente, el autor estudia diferentes tipos de elección de objeto amoroso condicionados por el complejo de Edipo.

El complejo de Edipo en la cultura: Tótem, tabú e identificación

En *Tótem y tabú* (Freud, 1913), Freud explora las instituciones sociales primitivas, encontrando en ellas pruebas del complejo de Edipo e incorporando la transmisión de la ley paterna a través de la cultura. Concluye que la prohibición de los de un mismo tótem de mantener relaciones sexuales entre sí tenía como finalidad evitar el incesto con la madre o la hermana.

El sacrificio ritual del animal tótem —sustituto del padre— y su posterior ingestión simbolizan la ambivalencia hacia la figura paterna: amor, odio, culpa y deseo de identificación. Así, el Edipo se constituye como fuente del sentimiento de culpa, así como del origen de la religión y la moral.

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921/1992), Freud aborda el proceso de identificación, diferenciándolo de la elección de objeto: el niño, al mismo tiempo que ama a la madre y desea casarse con ella, siente admiración por el padre y desea ser como él.

La represión de estas mociones edípicas y su retorno en forma de síntomas, sueños, chistes o actos fallidos muestran la importancia de la problemática nuclear infantil en la dinámica del aparato psíquico y en la etiología de las neurosis (Freud, 1900/1991; 1905/1992; 1909/1992).

El complejo de Edipo, tal como lo formuló Freud, no se limita a un episodio infantil, sino que constituye un nudo fundante de la subjetividad. Su resolución inaugura la entrada en la ley, la formación del superyó y la capacidad de establecer lazos sociales.

De este modo, el Edipo se convierte en el organizador central del desarrollo psíquico y en un concepto imprescindible para comprender tanto la clínica psicoanalítica como la dimensión cultural de la experiencia humana.

Como expresa Nasio (2015):

“El complejo de Edipo es la causa de la neurosis porque las fantasías edípicas insuficientemente reprimidas en la infancia reaparecen en la edad adulta adquiriendo la forma de síntomas neuróticos, es decir que la neurosis en el adulto se explica en virtud de la intensidad con la cual esa persona vivió su placer sexual de niño y en virtud de la violencia con la cual lo reprimió.” (p. 148-149).

“*El niño que duerme en mi regazo me sueña, y yo me sueño en él: somos un mismo instante que el tiempo no deshace*” Gabriela Mistral en “Ternura”

1.4 El Complejo de Edipo desde la perspectiva de Jacques Lacan.

La Metáfora Paterna y la función del padre

Lacan aborda el complejo de Edipo desde una perspectiva estructural, introduciendo la noción de metáfora paterna como eje fundamental de su teoría. Esta metáfora designa la función simbólica del padre en la constitución del sujeto. Según Lacan,

“La metáfora paterna (...) es en lo que se ha constituido de una simbolización primordial entre el niño y la madre, poner al padre, en cuanto símbolo o significante, en lugar de la madre” (Lacan, 1957-1958, p. 186).

De este modo, el autor reformula la comprensión freudiana del Edipo, desplazándola de su estatuto mítico hacia una estructura simbólica, donde cada elemento se define por su posición en relación con los otros. En este marco, las relaciones entre el niño, la madre y el padre —inicialmente comprendidas en el triángulo imaginario— se transforman con la introducción de la función simbólica paterna:

“Las relaciones del niño con la madre, resumidos en el triángulo imaginario niño-padre-madre, es añadir algo que es real (...) en cuanto instituida, una relación simbólica” (Lacan, 1957-1958, p. 186).

Lacan introduce un cuarto elemento esencial en esta estructura: el falo, entendido no como un objeto material ni como un órgano corporal, sino como un significante, un operador simbólico que adquiere un valor imaginario para el sujeto. Así, el Edipo no se concibe como un mito, sino como una estructura del deseo y del lenguaje, donde el padre, la madre, el niño y el falo ocupan lugares definidos dentro de la red significante.

En el inicio del proceso, la primera relación de realidad se establece entre la madre y el niño, donde este experimenta sus primeras vivencias del mundo circundante. En ese momento, el padre aún no ha ingresado ni como figura real ni como función simbólica:

“Para el niño, el padre aún no ha entrado ni como papel, ni como función de padre, sino su nombre de padre. La posición del nombre-del-padre se sitúa en el nivel simbólico; es una necesidad de la cadena significante” (Lacan, 1957-1958, p. 187).

El ingreso del padre introduce una cadena significante que instituye una relación simbólica en el campo de lo real. Lacan lo expresa del siguiente modo:

“Plantea el triángulo simbólico, porque instituye en lo real a partir del momento en que hay cadena significante, articulación de la palabra” (Lacan, 1957-1958, p. 187).

De este modo, el niño, inicialmente dependiente del deseo de la madre, logra desprenderse progresivamente de esa dependencia a través de la simbolización:

“El niño depende del deseo de la madre, de la primera simbolización de la madre y de ninguna otra cosa; mediante esta simbolización, el niño desprende su dependencia efectiva respecto del deseo de la madre (...) y se instituye algo que se subjetiva en un nivel primario. Esta subjetivación consiste en establecer a la madre como aquel ser primordial que puede estar o no estar” (Lacan, 1957-1958, p. 187).

Lacan plantea que el deseo del sujeto surge en relación al deseo del Otro, especialmente al deseo de la madre: “¿Qué desea el sujeto? (...) su deseo es deseo del deseo de la madre” (Lacan, 1957-1958, p. 187).

La simbolización primordial abre al niño la posibilidad de reconocer que la madre desea algo más allá de él mismo:

“Esta simbolización primordial le abre, a pesar de todo, al niño la dimensión de algo distinto: que la madre puede desear en el plano imaginario (...) hay en ella el deseo de otra cosa distinta que satisfacer mi propio deseo.”

Lacan advierte que este reconocimiento inaugura la dimensión del deseo y del drama edípico:

“Esta relación de espejismo mediante la cual el ser primero lee o anticipa la satisfacción de sus deseos en los movimientos esbozados del otro (...) ahí reside todo el drama de lo que sucede en este nivel, de cambio de agujas, de las perversiones” (Lacan, 1957-1958).

Para que esta simbolización tenga lugar, es necesaria la intervención de algo más que la mera presencia materna: “No se efectúa sin la intervención de algo más que la simbolización primordial de aquella madre que va y viene, a la que se llama cuando no está y cuando está es rechazada para poder volver a llamarla.”

Ese “algo más” es el orden simbólico que sostiene el deseo materno y le da sentido. Es allí donde aparece el falo como significante privilegiado dentro del sistema simbólico: “Ese algo que hace falta es la existencia detrás de ella de todo el orden simbólico del cual depende, que le permite cierto acceso al objeto de su deseo, es un objeto marcado por la necesidad instaurada del sistema simbólico que no se piensa sin su prevalencia. A este objeto le llama ‘falo’. Este objeto es privilegiado en el orden simbólico” (Lacan, 1957-1958).

La función del padre en la metáfora paterna es, por tanto, fundadora del lugar del falo en el plano imaginario: “La posición del significante del padre en el símbolo es fundadora de la posición del falo en el plano imaginario (...) como objeto privilegiado prevalente. El falo, en tanto significante, significa deseo. De lo que se trata en el Edipo es la dinámica deseante circulando a través del falo” (Lacan, 1957-1958, p. 189).

Así, la mediación paterna permite alcanzar un “más allá” del deseo materno:

“Este deseo del Otro, que es el deseo de la madre y que tiene un más allá (...) para alcanzar este más allá se necesita una mediación, y la da la posición del padre en el orden simbólico” (Lacan, 1957-1958, p. 189).

En consecuencia, la metáfora paterna se expresa en tres tiempos:

1. La identificación, donde el niño se identifica con el objeto de deseo de la madre.
2. El tiempo de la privación, en el que el padre priva a la madre de su objeto de deseo, simbolizando la castración.
3. El tiempo del padre donador, cuando el padre, al tener el falo, puede ofrecerlo a la madre.

Estos tres momentos permiten la instauración de una relación simbólica, posibilitando que el sujeto se constituya en el deseo del Otro y comprenda su posición dentro de él.

Lacan señala que los tres tiempos del Edipo son lógicos y no cronológicos; su función principal es introducir al padre como un tercero que interrumpe la relación dual madre-hijo, posibilitando el ingreso del sujeto en el orden simbólico.

A continuación, te presento el segundo bloque reescrito, que desarrolla los tres tiempos del Complejo de Edipo según Jacques Lacan, con base en los *Seminarios V y VI* y las referencias de Silvia E. Tendlarz.

Todo el contenido y las citas están íntegramente conservados, pero la redacción fue unificada, ordenada y articulada con un tono académico, claro y cohesivo.

Los tres tiempos lógicos del Complejo de Edipo

En el *Seminario V: Las formaciones del inconsciente*, Jacques Lacan distingue tres tiempos lógicos del complejo de Edipo, los cuales cristalizan posteriormente en la fórmula de la metáfora paterna (Tendlarz, *De qué sufren los niños*, p. 38).

Desde esta perspectiva, la función del padre es la de introducir el orden simbólico mediante la palabra, interrumpiendo la relación dual madre-hijo y posibilitando la constitución del sujeto del deseo.

Primer tiempo: identificación con el objeto de deseo materno

En el primer tiempo del Edipo, el niño busca satisfacer el deseo de la madre identificándose con el objeto de su deseo, el falo. Lacan plantea:

“Lo que el niño busca, en cuanto deseo de deseo, es poder satisfacer el deseo de la madre, ser o no el objeto de deseo de la madre” (Lacan, 1957-1958, p. 197).

En esta etapa, la madre se encuentra sometida a la ley simbólica en tanto ser hablante, pero su ejercicio de la ley es omnipotente y caprichoso, ya que responde o no al llamado del niño según su propio deseo. Silvia E. Tendlarz señala al respecto:

“La madre, como ser hablante, se encuentra sometida a la ley simbólica, por lo cual el niño recibe la acción de la ley a través de ella; pero en ese tiempo lógico la ley es omnipotente e incontrolada, entonces la madre va a responder al llamado, al grito, voluntariamente, responde a su capricho” (Tendlarz, *De qué sufren los niños*, p. 38).

Este primer tiempo coincide con el estadio del espejo, momento en que se inaugura el registro de lo imaginario. El niño, inicialmente fragmentado, construye su imagen corporal a través de la mirada del Otro, identificándose con la imagen ideal que le ofrece la madre. Lacan denomina a esta fase la tríada imaginaria: madre, niño y falo, donde el padre aún no interviene como función simbólica, aunque su presencia está implícita en el orden del lenguaje:

“La instancia paterna se introduce bajo una forma velada o todavía no se ha manifestado. Ello no impide que el padre exista en la materialidad del mundo, debido a que en esta reina la ley del símbolo. Por eso la cuestión del falo ya está planteada en algún lugar en la madre, donde el niño ha de encontrarla” (Lacan, 1957-1958, p. 200).

En este tiempo lógico, el niño se identifica con el falo: intenta ser el objeto que colma la falta de la madre. Lacan expresa: “El niño sólo capta el resultado: para gustarle a la madre basta con ser el falo” (Lacan, 1957-1958, p. 198).

El falo, en este punto, opera desde lo simbólico, pero se manifiesta en la ausencia: la madre ubica al niño en el lugar de su objeto de completud, impidiendo aún la instauración de la falta. Este momento, centrado en el deseo de la madre, inaugura la dialéctica del ser o no ser el falo.

Segundo tiempo: la privación y la castración simbólica

El segundo tiempo del Edipo se caracteriza por la inauguración de la simbolización, que introduce una mediación entre el niño y la madre. Lacan explica esta fase a través del célebre juego del *carrete* descrito por Freud en *Más allá del principio del placer*, en el que el niño arroja y recupera el objeto, pronunciando las palabras *Fort-Da*, que significan respectivamente “se fue” y “aquí está”.

Según Silvia E. Tendlarz, este juego revela aspectos fundamentales del proceso simbólico:

1. El hecho de nombrar a la madre indica que ya ha sido simbolizada, transformándose de objeto primordial en significante.
2. La simbolización introduce la mediación del lenguaje en la relación madre-hijo.
3. La oposición de fonemas (*fort-dà*) marca la entrada en la estructura del lenguaje.
4. El juego frente al espejo permite articular lo imaginario con lo simbólico.

Tendlarz agrega que, en el *Seminario XI*, Lacan aclara que el objeto arrojado por el niño lo representa a él mismo (*De qué sufren los niños*, pp. 38–39).

En este segundo tiempo, se incorpora un tercer elemento que trasciende la ley materna: el Nombre-del-Padre, cuya función no es la presencia física del progenitor, sino su palabra interdictora.

“El Nombre-del-Padre le indica al niño que el deseo de la madre tiene relación con la ley del padre; la ley del incesto es por el lado materno, como la interdicción de reintegrar su producto, y del lado del niño lo separa de su identificación con el objeto de deseo de la madre” (Tendlarz, *De qué sufren los niños*, pp. 38–39).

En este punto, la castración materna adquiere relevancia: el niño advierte que la madre no posee el falo, sino que está privada de él, y que su deseo depende de un Otro que lo tiene o no lo tiene. Lacan señala: “En el plano imaginario, el padre interviene realmente como privador de la madre y significa que la demanda dirigida al Otro, si obtiene el relevo conveniente, es remitida a un tribunal superior (...) Eso con lo que el sujeto interroga al Otro, al recorrerlo todo entero, encuentra siempre en él, en algún lado, al Otro del Otro, su propia ley” (Lacan, 1957-1958, p. 200).

El padre privador cumple una doble función: priva al hijo de ser el falo de la madre y, simultáneamente, priva a la madre de su ilusión fálica, instaurando así la castración simbólica. Esto separa al niño del deseo totalizante de la madre y lo introduce en la dimensión de la falta. Tendlarz sintetiza:

“Desde lo simbólico, la castración opera sobre el sujeto y hace del falo, que hasta entonces era un objeto imaginario, una falta. Por lo que, con la desidentificación al objeto fálico, constituye la falta en ser del sujeto barrado” (*Clínica del autismo y de la psicosis en la infancia*, p. 30).

Lacan ilustra esta dinámica con el caso de Juanito, donde el padre, aunque presente y afectuoso, resulta inoperante, dejando a la madre ocupar el lugar de la interdictora y sostener al niño como su falo. Así, el hijo queda subordinado al deseo materno, sin acceso efectivo al orden simbólico del padre.

En consecuencia, este segundo tiempo introduce al padre como agente real de la castración simbólica, quien sostiene la ley mediante la palabra de la madre: "El padre se afirma en su presencia privadora; es quien soporta la ley, y esto ya no se produce de una forma velada, sino mediada por la madre, que es quien lo establece como quien dicta la ley" (Lacan, 1957-1958, p. 200).

Este momento es esencial para delimitar el deseo del niño y para que la madre reconozca su dependencia de una ley que no es la suya, sino la del Otro. La castración introduce la falta estructural, condición necesaria para que el sujeto desee.

Tercer tiempo: el padre donador y la salida del Edipo

El tercer tiempo del complejo de Edipo marca el declive del conflicto edípico y la entrada definitiva en el orden simbólico. En esta fase, el niño pasa de ser el falo de la madre a tener el falo en tanto significante del deseo.

"En este tiempo parte del padre real como soporte de las identificaciones del Ideal del yo, que permiten la nominación del deseo, y el niño recibe la promesa fálica: no es el falo de la madre, pero puede tenerlo" (Tendlarz, *De qué sufren los niños*, p. 40).

En el caso de las niñas, Lacan plantea que la confrontación con la falta fálica se tramita de modos diversos: a través de la mascarada, la maternidad o el hacerse amar como respuesta a la demanda del partenaire.

El padre, en este tercer momento, interviene como aquel que tiene el falo y no como aquel que lo es. Su función es mediar entre el deseo de la madre y la ley simbólica, estableciendo así la posibilidad de la identificación del niño con el Ideal del Yo: "El padre puede darle a la madre lo que ella desea, y puede dárselo porque lo tiene" (Lacan, 1957-1958, p. 199).

Esta posición introduce la figura del padre potente, portador del significante del deseo, cuya relación con la madre retorna a un plano real. La salida del complejo de Edipo se considera favorable cuando el niño logra interiorizar al padre como aquel que lo tiene, instaurando así la instancia del Ideal del Yo:

“En este tercer tiempo el padre interviene como real y potente; este tiempo viene tras la privación o la castración que afecta a la madre (...) Si el padre es interiorizado en el sujeto como Ideal del yo, el complejo de Edipo declina, es en la medida en que el padre interviene como quien, él sí, lo tiene” (Lacan, 1957-1958, p. 201).

De este modo, el niño puede situarse en el triángulo simbólico de manera estructurada: el polo del padre representa el superyó, el de la madre el deseo y la realidad, y el del niño la identificación simbólica.

Finalmente, Lacan subraya que el deseo de la madre está siempre dirigido hacia una falta. Esta falta, que organiza la relación fantasmática madre-niño, constituye el punto de partida del sujeto del inconsciente.

“Lacan parte de la categoría del deseo de la madre y del hecho de que se dirija a una falta. La relación fantasmática madre-niño es situada de entrada en términos de relación y falta de objeto” (Laurent, 2018, p. 29). Cuando la madre habla de su hijo, éste encarna la verdad de su deseo: “El niño da cuerpo a la verdad del deseo de la madre, da una ‘existencia’ así como una ‘exigencia’” (Laurent, 2018, p. 29).

Podemos concluir que el complejo de Edipo constituye uno de los pilares fundamentales del psicoanálisis. Formulado inicialmente por Sigmund Freud como el núcleo de las neurosis y como el organizador del deseo infantil, este concepto fue retomado, revisado y reformulado por Jacques Lacan, quien lo desplaza de una lectura mítica y cronológica hacia una estructura simbólica del inconsciente. En la enseñanza lacaniana, el Edipo no se reduce a una historia familiar o biográfica, sino que se concibe como un dispositivo estructural que introduce al sujeto en el orden del lenguaje y la ley.

Lacan propone que la entrada del sujeto en lo simbólico se realiza mediante la metáfora paterna, que implica la sustitución del significante materno por el significante del Nombre-del-Padre. Esta operación simbólica inaugura el lugar del deseo y de la falta, permitiendo que el sujeto se constituya en relación al Otro. De este modo, el complejo de Edipo, lejos de ser un episodio del desarrollo infantil, se convierte en una matriz estructurante del deseo, la ley y la subjetividad.

El presente trabajo aborda la teoría lacaniana del complejo de Edipo desde una lectura articulada entre sus seminarios —especialmente el Seminario V (*Las formaciones del inconsciente*) y el Seminario VI (*El deseo y su interpretación*)— y la lectura

contemporánea de autores como Silvia Elena Tendlarz y Éric Laurent. A partir del estudio de la metáfora paterna y de los tres tiempos lógicos del Edipo, se busca evidenciar cómo Lacan redefine el papel del padre, el lugar del falo y la función del deseo en la constitución del sujeto del inconsciente.

La lectura lacaniana del complejo de Edipo introduce una profunda transformación respecto del modelo freudiano. Mientras que Freud sitúa el Edipo como una etapa del desarrollo psicosexual, Lacan lo concibe como una estructura permanente que organiza la relación del sujeto con el deseo y con la ley.

La metáfora paterna es el punto de anclaje de esta reformulación, ya que a través de ella el Nombre-del-Padre sustituye el deseo de la madre e introduce la significación fálica como mediación simbólica. El padre no se define entonces por su presencia biológica, sino por su función significante, aquella que permite al niño acceder al lenguaje y a la diferencia sexual.

Los tres tiempos lógicos del Edipo —la identificación con el objeto del deseo materno, la privación y la castración, y el tiempo del padre donador— expresan el proceso por el cual el sujeto pasa del ser el falo de la madre a situarse en relación al tener el falo como significante del deseo. Esta transformación posibilita el surgimiento del sujeto deseante y la inscripción de la ley simbólica que regula su relación con el Otro.

En síntesis, Lacan sitúa el complejo de Edipo como una estructura simbólica del deseo, en la que la función paterna cumple un papel fundante: instaurar la falta, posibilitar el deseo y garantizar el acceso al orden simbólico. En esta operación se juega la constitución misma del sujeto del inconsciente y su inserción en el campo del lenguaje y la cultura.

1.5

El Estrago Materno

Introducción

La palabra *estrago*, según la Real Academia Española, proviene del verbo *estragar* y designa ruina, daño o asolamiento. Sus sinónimos —destrozo, destrucción, devastación, arrasamiento, desolación, catástrofe— condensan una resonancia de pérdida y de exceso. En todos ellos late una misma idea: algo ha sido arrasado, algo se ha roto en su centro.

Esta alusión a la devastación permite situar las marcas voraces y mortíferas que deja en el sujeto una fascinación sin medida, esas huellas a las que Lacan se refiere al introducir el término *estrago*.

El concepto de *estrago materno* constituye un aporte decisivo del psicoanálisis contemporáneo para pensar los efectos devastadores que pueden surgir en el vínculo entre madre e hijo/a. Es una manera de nombrar ese lazo que se organiza a partir de un goce que excede los límites del orden fálico y que, al hacerlo, puede tornarse destructor para la constitución subjetiva.

Lacan denomina *estrago materno* a las consecuencias mortíferas del deseo de la madre cuando este deseo se erige como el Otro primordial en la constitución del sujeto. Allí donde el deseo materno no encuentra un límite simbólico, se transforma en un goce sin frontera, un exceso que encierra al hijo en el lugar de objeto, impidiendo su distancia, su palabra y su propio deseo.

El estrago, entonces, nombra una zona donde el amor se confunde con el goce, donde el cuidado se vuelve posesión y donde la vida misma puede sentirse devorada por el deseo del Otro.

1.6 Freud, Lacan y la noción de estrago

Si bien Freud anticipa en varios textos la intensidad de este lazo, es Lacan quien introduce la noción de “estrago” en el marco de su enseñanza.

Autores contemporáneos como Graciela Brodsky, Colette Soler, Jacques-Alain Miller y Eric Laurent han retomado este concepto para dar cuenta de modalidades clínicas actuales.

Jacques Lacan introduce en el Seminario XVII “El reverso del psicoanálisis” el término estrago para referirse al goce ilimitado que, en la relación madre-hijo/a, se escapa de toda significación y que puede llevar a una devastación del sujeto si este estrago materno llega a inscribirse.

Siguiendo a Jaques Lacan, el deseo materno implica propiamente en el ser mujer una relación con el deseo de ser madre y el deseo de la mujer, siendo la maternidad una respuesta a su propio deseo que responde a la historia que ha tenido una mujer con su propia madre.

Dos dimensiones del estrago en la enseñanza de Jacques Lacan

En la enseñanza de Jacques Lacan pueden distinguirse dos dimensiones de estrago.

Primera dimensión: El fantasma de devoración

En el Seminario XVII “El reverso del psicoanálisis”, Lacan remite al fantasma de devoración, a la ley caprichosa de la madre cuando aún no funciona la ley del padre que la introduce en el intercambio fálico:

“El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. Entonces, trataré de explicar que había algo tranquilizador. Les digo cosas simples, improviso, debo decirlo. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el ‘falo’. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra.” (Lacan, 1969-1970).

Esta línea del estrago sitúa que, si bien el deseo de la madre hace estragos, el falo tiene una función de mediación: el padre opera como un límite.

Jacques Lacan, a través de esta analogía de la boca del cocodrilo, pone en escena los fantasmas de devoración materna implicados en los comienzos del Edipo, cuando la ley de la madre —una ley caprichosa e incontrolada— toma al niño sin la mediación del falo, haciendo que sea su súbdito.

Puede suceder que ella, en cualquier momento, cierre su boca “de cocodrilo”, devorando al niño si no interviene la función paterna como mediación, como el palo que traba la mandíbula del cocodrilo e impide que se lo devore.

La ley paterna aparece así como secundaria, asegurando la salida del niño/a de la voracidad materna, habilitando la separación de la madre y dándole paso a la castración a través del significante fálico.

Segunda dimensión: La relación madre-hija

La segunda dimensión surge del texto “El atolondradicho”, donde Lacan retoma los desarrollos freudianos sobre la sexualidad femenina en vinculación directa con la ligazón madre-hija:

“La elucubración freudiana del complejo de Edipo, en la que la mujer es en el pez en el agua, por ser la castración en ella inicial, contrasta dolorosamente con el estrago que, en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar en tanto mujer más subsistencia que del padre, lo que no pega con ser su segundo en este estrago.” (Lacan, 1972).

El padre, encargado de oficiar de corte separando al niño de la madre, parece resultar insuficiente en esta búsqueda del enigma de la feminidad para la mujer.

La significación fálica, el Nombre del Padre como sustituto del Deseo de la Madre, no alcanza a abarcarlo todo: algo del goce materno, en tanto mujer, no es recubierto por la ley paterna. Es allí donde se da cuenta del estrago, como un trozo del deseo materno que escapa a la regulación simbólica.

Siguiendo a Jacques-Alain Miller en “El niño entre la mujer y la madre”, se sostiene la importancia de la metáfora paterna sobre el deseo de la madre como condición necesaria para posibilitar el acceso a la posición sexuada.

Jacques-Alain Miller puntualiza en el polo materno y en la forma en que la mujer asume su maternidad, planteando que la figura materna debe cumplir un rol doble: vehiculizar la ley paterna, por un lado, y evitar convertirse en “demasiado madre”, dejando de lado su ser mujer.

Donde se presenta un exceso de lo materno, corre el riesgo de que el hijo/a sature la falta en la que se apoya su deseo, convirtiéndose en “toda madre” y dejando al niño en posición de objeto que tapona.

1.7

Aportes de autores contemporáneos

Diversos autores han retomado esta noción en la clínica actual.

Graciela Brodsky (2005): sostiene que el estrago es una forma particular de goce devastador que se presenta en la relación de las mujeres con la madre, y que el límite fálico no alcanza para regular su intensidad.

Colette Soler (2011): lo articula con la lógica del no-todo, planteando que el estrago muestra la posibilidad de un lazo sin freno en el goce femenino.

Jacques-Alain Miller (1998): introduce la noción de partenaire-síntoma para dar

cuenta de cómo, en la contemporaneidad, el Otro puede encarnar un lugar absoluto de goce y devastación.

Eric Laurent: vincula el estrago con la clínica del niño como objeto del goce materno, especialmente en el análisis del autismo y el lugar de la madre.

Colette Soler (2007): postula que la variedad de figuras de la madre se despliega entre dos extremos: de la madre demasiado madre que encierra al niño, a la madre demasiado mujer.

Respecto del “toda madre”, el niño viene como tapón a colmar la falta: se trata de la madre completamente ocupada del niño, que hace de él su rehén fálico. Esto se vincula con la dimensión del estrago materno.

En el otro extremo está la madre que no se ocupa en absoluto del niño.

En conclusión, el estrago materno constituye un concepto clave para comprender las formas en que el goce materno puede producir efectos devastadores en la subjetividad.

Desde Sigmund Freud hasta Jacques Lacan, y en los desarrollos contemporáneos, se reconoce que la relación madre-hija puede devenir en un vínculo sin freno, que arrasa con la posibilidad de separación y límite.

1.8. El Edipo y los vínculos contemporáneos desde una perspectiva más actual.

El psicoanalista Jorge Bafico ha elaborado una lectura actualizada del complejo de Edipo y de su incidencia en los vínculos contemporáneos, integrando las enseñanzas de Freud y Lacan con los desafíos clínicos y simbólicos de la actualidad. En sus obras *Introducción a la teoría lacaniana: práctica y teoría* (Bafico, González Imaz y Cabral, 2004), *Edipo: mito y tragedia* (Bafico et al., 2006) y *Vidas contemporáneas* (Bafico, 2019), el autor propone pensar el Edipo no como una estructura fija del pasado, sino como un dispositivo simbólico vivo que sigue organizando el deseo, la ley y las formas del lazo familiar en la cultura actual.

El Edipo como matriz del deseo y de la ley

En *Introducción a la teoría lacaniana: práctica y teoría*, Bafico aborda el complejo de Edipo como un punto de articulación fundamental entre la teoría freudiana y la lectura

lacaniana. Siguiendo a Freud (1900/2012), el autor subraya que el Edipo no debe entenderse como un simple mito o una etapa evolutiva infantil, sino como una estructura simbólica que organiza el deseo humano y regula el ingreso del sujeto al lenguaje. En esa dirección, señala que el Edipo marca el pasaje del cuerpo biológico al cuerpo simbólico, estableciendo los límites entre el deseo y la ley.

Para Bafico (2004), el mito de Edipo cumple una función estructurante en tanto introduce el lugar del Otro, la interdicción del incesto y la diferencia sexual como pilares de la constitución subjetiva. Al igual que Lacan (1957–1958), considera que el Edipo no se resuelve biográficamente, sino que se inscribe como una lógica simbólica que posibilita la aparición del sujeto del deseo. Desde esta perspectiva, la función del padre —como significante del límite— es esencial para separar al hijo del deseo materno y permitirle situarse como sujeto deseante y no como objeto del goce del Otro.

Bafico retoma aquí la enseñanza lacaniana de que “*el deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual*” (Lacan, 1969–1970, p. 119), por lo que se requiere una operación simbólica que lo module. En este punto, el Edipo representa ese nudo simbólico donde el amor, la prohibición y el goce se encuentran. Para el autor, el mito edípico encarna la tensión entre la aspiración a la completud y la imposibilidad de alcanzarla, recordando que todo deseo nace de una falta.

Edipo: mito, tragedia y subjetividad

En su texto *Edipo: mito y tragedia*, Bafico y sus coautores profundizan en la lectura freudiana y lacaniana del mito sofocleo. La tragedia de Edipo, afirman, no debe ser leída únicamente como una historia de destino, sino como una representación simbólica del drama del sujeto ante el deseo y la ley. En palabras del autor: “*El mito de Edipo condensa el drama del sujeto frente al deseo y la ley, revelando que no hay identidad posible fuera de la falta*” (Bafico et al., 2006, p. 84).

Desde esta lectura, el Edipo no es solo una narración arcaica sino una matriz simbólica que sigue produciendo efectos en la subjetividad contemporánea. Bafico (2006) destaca que Edipo no es culpable por sus actos en sí, sino por el desconocimiento de su deseo. En su intento por escapar del destino, se enfrenta con la verdad de su deseo inconsciente y con la imposibilidad de dominarlo. Esta interpretación, en sintonía con Lacan (1959–1960), sitúa la tragedia como metáfora del inconsciente, donde la verdad se manifiesta no en la conciencia, sino en los desvíos del deseo.

De esta manera, el mito de Edipo, en la lectura de Bafico, adquiere una dimensión ética. No se trata de una historia de castigo, sino de una confrontación con la verdad subjetiva. El héroe trágico encarna la experiencia del sujeto dividido por el lenguaje, atrapado entre el saber y el no saber, entre la ley y el deseo. Esta interpretación permite, según Bafico, actualizar la enseñanza freudiana en la clínica contemporánea, recordando que cada sujeto, en su historia, repite de algún modo la pregunta edípica: *¿qué quiere el Otro de mí?*

El Edipo en la contemporaneidad: vínculos y declinación del padre

En *Vidas contemporáneas* (Bafico, 2019), el autor lleva el problema del Edipo al campo de la clínica actual y de los lazos sociales. Allí reflexiona sobre cómo la transformación de las estructuras familiares y la declinación de las figuras tradicionales de autoridad impactan en la subjetividad. Según Bafico, vivimos una época en la que el lugar del padre —entendido como portador de la ley simbólica— se ha debilitado, mientras que la función materna tiende a expandirse. Esta mutación, sostiene, produce efectos clínicos nuevos, donde el conflicto edípico se reactualiza bajo formas inéditas.

El autor señala que “*las nuevas configuraciones familiares, la caída de los ideales paternos y la hiperpresencia materna traen consigo un retorno de los conflictos edípicos bajo modalidades inéditas*” (Bafico, 2019, p. 112). Desde esta perspectiva, la falta de un significante que limite el goce materno puede generar vínculos dependientes, simbióticos o incluso devastadores. Este planteo resuena con las elaboraciones de Lacan sobre el “estrago materno” y con las reflexiones de Miller (2008–2009) acerca de la declinación de los significantes tradicionales que sostenían el lazo social.

Bafico no propone restaurar la figura del padre tradicional, sino reconocer que la función simbólica que cumplía debe reinventarse. En un tiempo en que la palabra pierde peso frente al imperativo del goce, el psicoanálisis —afirma— tiene la tarea de volver a situar el valor de la falta, del límite y de la transmisión. Así, el autor invita a pensar los vínculos contemporáneos no desde la norma o la moral, sino desde la singularidad del deseo y la responsabilidad subjetiva.

En este punto, Bafico converge con la enseñanza de Miller, quien sostiene que en la actualidad asistimos a una “nueva economía del goce”, en la que el sujeto busca completud sin mediación simbólica. Frente a ello, el Edipo, tal como lo entiende Bafico, sigue siendo una brújula: no como una estructura cerrada, sino como una metáfora viva de la tensión entre el amor y la ley, entre el deseo y el límite.

El aporte de Bafico a la lectura del Edipo

El pensamiento de Bafico ofrece una clave de lectura singular del Edipo: su vigencia no radica en repetir las fórmulas freudianas, sino en reescribirlas a la luz de las transformaciones culturales y clínicas del presente. Para el autor, el Edipo sigue siendo la matriz que organiza la diferencia y el deseo, pero sus modos de manifestación cambian con las formas familiares y sociales.

En ese sentido, la lectura de Bafico permite tender un puente entre el psicoanálisis clásico y los discursos contemporáneos, recordando que, aunque cambien las configuraciones del lazo, el sujeto continúa interrogado por las mismas preguntas: ¿qué desea el Otro?, ¿qué lugar ocupo en su deseo?, ¿cómo amar sin devorar al otro?

Así, la propuesta de Bafico invita a mantener viva la lectura del Edipo no como un mito del pasado, sino como un texto en movimiento que se reescribe en cada historia singular. En la clínica, en los vínculos y en la cultura, el Edipo persiste como el punto donde el deseo se humaniza a través de la falta.

“Amar es dar lo que no se tiene a alguien que no lo es”

-Jacques Lacan 1960/61-

CAPITULO 2

2.1

EL PESO DE LA MATERNIDAD

Caso presentado por Alejandro de Cristofano presentado en las Jornadas de la EOL.

Hace un tiempo, en su primera entrevista Minerva de 20 años se presentó y dijo: "Acá estamos los tres, mucho peso, me siento frágilmente aplastada", sus dichos hacen referencia al cuarto mes de embarazo de mellizos que ella connota como un triste embarazo. Entre lágrimas y un cuerpo que no para de temblar, se escucha decir no tener fuerzas suficientes para hacerle frente a tanto peso, tiene la sensación de que los bebés pueden soltarse en cualquier momento. ¿Y el padre? pregunto. El novio al enterarse del embarazo la abandona y cuando lo hace emerge en ella un estado de crisis donde comienza a golpearse la panza, ingiere pastillas y envía un mensaje solicitando ayuda a su padre con el cual no se comunicaba desde hacía 6 años. El mensaje se responde y como consecuencia es hospitalizada. Luego de estabilizarse en la institución y al darle de alta, se arreglan las cosas para que ella viva en un convento a cuidado de un grupo de monjas.

A la edad de 8 años Minerva se enfrenta con la muerte trágica de su madre: es atropellada por un camión. Ella y su tía fueron testigos de semejante infortunio que le deja como marca el horror de ver aplastado el cuerpo de su madre. A partir de ese acontecimiento una sensación de miedo asfixiante la acompaña. El peso en su cuerpo comienza a manifestarse desde ese momento. Hace referencia a la historia de su abuela materna quien también ha sido abandonada por su marido cuando sus hijos eran pequeños y si bien ella no intentó matarse se abandona al alcohol de tal modo que su hija (la madre de mi paciente) es criada por una tía.

A los 13 años, Minerva siente estar sin rumbo, con una sexualidad temprana descontrolada donde fantaseaba con ser madre. intervengo ¡Cuántos pesares! comienza a llorar y luego de un prolongado silencio se pregunta: ¿cómo ir más allá del destino de las mujeres de su familia que no pudieron soportar el peso de la maternidad? Y ¿cómo llevar adelante la crianza de sus hijos, sin la presencia de un hombre que la ayude?

Un recuerdo que lo ubica alrededor de los 6 años remite a su propia madre que grita no soporto, la empuja por una escalera y cae como un peso muerto, su padre intenta calmarla y en ese entreverarse caen juntos y lo que más le impacta es el recuerdo del

ruido a vidrios rotos y la cantidad de sangre por cortes. Es luego de ese episodio que el padre la abandona.

El refugio actual de Minerva es el convento, quizás el lugar donde habita Dios Padre, pero asimismo es lugar de la queja de la molestia que las monjas sostengan a sus hijos, que por otro lado se convirtieron en el centro de la vida del convento, pero eso no evita decir con enojo que se los pasan de brazos en brazos manoseándolos.

Manifiesta que saldría corriendo de allí, pero en verdad no tiene donde caerse muerta. Intervengo: sostener-te o caer-te. Refiere: que durante toda su vida sintió estar sostenida de un frágil hilo, con la sensación permanente que podía soltarse y caer en cualquier momento.

Fantasea que un hombre potente la viene a rescatar o que su padre vuelve y se hace cargo de ella y sus nietos. Intervengo: ¡Muchas hembras pocos machos! Se ríe y añade mujeres...mujeres por todos lados, mi abuela, las vecinas que criaron a mi madre, mis tíos, las monjas, todas deprimidas o aplastadas y los hombres borrados. Y añade quiero soltar todo lo malo de mi pasado, mis hijos merecen una historia diferente.

Luego de varias sesiones, refiere que por ahora se quedará viviendo en el convento, pero algunos días dejará a los mellizos a cuidado de las monjas y retomará el trabajo porque quiere juntar dinero para alquilarse un apartamento. Muestra interés por conocer y dar lugar a un hombre responsable que elija el combo completo. Algo cede del rasgo paranoide que se le había armado con las monjas, las denomina mujeres servidoras, que por ahora la ayudan a sostener su realidad y la de sus hijos.

Un interrogante surge en la dirección de la cura: ¿podrá Minerva en el curso de su análisis encontrar la posibilidad de arreglárselas con su ser madre más allá de los pesares aplastantes de su historia? Historias que remiten a la ausencia de padre, al momento horroroso de haber perdido su madre aplastada por un camión que conducía un hombre alcoholizado; un novio que huye y desaparece. ¿Son los hombres confiables para ella? ¿Qué lugar tiene ese soltarse-caer del Otro?

La ética del analista intentará demostrar que puede existir para Minerva un encuentro posible con la maternidad.

(Alejandro de Cristofano)

2.2 Articulación teórico-clínica del caso Minerva

El caso clínico de Minerva pone de relieve los efectos devastadores del estrago materno en la subjetividad femenina y permite articularlo con los desarrollos de Lacan, Freud y los autores contemporáneos sobre la parentalidad y las nuevas formas familiares.

Desde su primera entrevista, Minerva se presenta diciendo: “Acá estamos los tres, mucho peso, me siento frágilmente aplastada”. Esta expresión inaugura una escena donde el cuerpo encarna la carga de una herencia materna transmitida por las generaciones de mujeres de su linaje. Ese “peso” no solo refiere al embarazo de mellizos, sino también al peso simbólico del deseo materno sin límite que la aplasta, tal como Lacan describe en el Seminario XVII: “El deseo de la madre siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo... eso es la madre” (Lacan, 1969-1970).

En Minerva, el estrago materno se manifiesta en el vínculo entre la pérdida de la madre —muerta trágicamente cuando ella tenía ocho años— y el retorno de esa escena en el cuerpo: el embarazo se le presenta como una amenaza de “aplastamiento” y de “caída”. El goce materno, entendido como una fuerza voraz y devoradora, reaparece como marca en el cuerpo, produciendo un síntoma donde lo real del trauma y lo simbólico del deseo de la madre se confunden.

Sigmund Freud ya había anticipado en “His Majesty the Baby” (1914) que el niño se vuelve portador del ideal del yo de los padres, heredando sus deseos no realizados. En este caso, Minerva carga con la historia de las mujeres de su familia que no pudieron soportar el peso de la maternidad: su abuela alcohólica, su madre muerta, y ella misma al borde del colapso. La repetición de esta cadena muestra la transmisión transgeneracional del goce materno sin mediación fálica, lo que Lacan conceptualiza como la ausencia del Nombre-del-Padre, aquel significante que debería introducir un límite simbólico al deseo de la madre.

El padre, en la historia de Minerva, aparece siempre en forma de ausencia o abandono: el abuelo que se marcha, el padre que la deja tras una escena violenta, el

novio que huye ante el embarazo. Tal como plantea Eric Laurent en “El niño y su familia” (2002), la contemporaneidad muestra familias atravesadas por la declinación de la función paterna y el predominio del lazo materno. En estos contextos, el niño puede devenir un objeto “calculado”, “producido” o sostenido por un lazo de goce más que por una inscripción simbólica. En Minerva, sus mellizos ocupan justamente ese lugar: objetos de una maternidad sin mediación, sostenidos por una red femenina (las monjas del convento) donde la función de corte paterna no se inscribe.

Jacques-Alain Miller (1998) advierte que, cuando la metáfora paterna no opera, el sujeto puede quedar atrapado como objeto del goce del Otro. Esto se observa en la vida de Minerva: “mujeres por todos lados” —como ella misma dice—, una cadena de madres, tíos y monjas que reproducen el exceso de lo materno sin límite ni diferencia. Tal como señala Colette Soler (2007), la figura de la madre puede oscilar entre “la madre demasiado madre” —que encierra al hijo en su goce— y “la madre demasiado mujer” —que abandona al hijo—. Minerva encarna el primer extremo: una madre absorbida por su función, pero a la vez aplastada por ella.

En términos clínicos, el convento representa un intento de suplencia del Nombre-del-Padre, una institución que promete orden y protección (“el lugar donde habita Dios Padre”), pero que, paradójicamente, mantiene a Minerva dentro del circuito de lo femenino sin mediación. La escena de las monjas “pasando a los mellizos de brazos en brazos” repite el movimiento del deseo materno sin límite, donde el niño circula como objeto del goce de la madre y de las otras mujeres.

Jacques Lacan, en su “Nota sobre un niño” (1969), plantea que el niño puede venir a ocupar el lugar del objeto a en el fantasma materno, “saturando el deseo de la madre”. En Minerva, los mellizos corren ese riesgo: ser utilizados para taponar la falta y sostener una identidad femenina sostenida únicamente en la maternidad. Pero la intervención analítica —cuando el analista le dice “sostener-te o caer-te”— introduce un punto de separación, una palabra que hace borde entre el cuerpo y el goce, y que abre la posibilidad de un nuevo lazo con el deseo.

Desde el punto de vista de la dirección de la cura, la cuestión central es si Minerva podrá encontrarse con su ser madre más allá del estrago, es decir, si podrá hacer existir un deseo de mujer separado del deseo materno.

Como plantea Graciela Brodsky (2005), el estrago es una forma particular de goce devastador que el límite fálico no siempre logra regular, y el trabajo analítico consiste en construir ese límite simbólico singular que permita que el sujeto no quede aplastado por el goce del Otro.

La decisión de Minerva de “retomar el trabajo, ahorrar y alquilar un apartamento” indica un movimiento de salida del circuito del estrago. Al introducir un proyecto propio, distinto del mandato transgeneracional, comienza a escribir un deseo propio, marcando un primer intento de separación respecto de la cadena materna.

En suma, el caso de Minerva muestra cómo, en las nuevas configuraciones familiares, la función paterna puede aparecer desarticulada, dejando al sujeto expuesto al goce materno sin mediación. El estrago materno se actualiza como una figura del exceso de amor, donde el hijo corre el riesgo de ser objeto de la madre más que sujeto de deseo. El análisis, en tanto experiencia de palabra, abre la posibilidad de reintroducir una ley simbólica, no necesariamente ligada a la figura de un padre, sino a la invención singular del sujeto frente a su propio goce.

2.3 La parentalidad y las nuevas configuraciones familiares

Eric Laurent en su libro “El niño y su familia” plantea las nuevas configuraciones de las familias en la civilización y examina el lugar que el niño ocupa en ellas. Marca cómo fueron cambiando entre el siglo XIX y XX, pero, sobre todo —y aún más— en el siglo XXI.

La procreación azarosa del niño y su multiplicación ha sido reemplazada por un niño más raro y más calculado, previsto o más producido. Una red de configuraciones y determinaciones renueva el estatuto del niño de una manera diferente a la familia patriarcal ideal del siglo XIX, especialmente en Freud, para quien la familia ideal estaba en el horizonte, a pesar de la peculiaridad de la familia.

Todo esto determinó una reflexión de Freud sobre el carácter lógico del Edipo, diferente de las formas diversas de familia, pero manteniendo el ideal del niño.

Mientras que en la actualidad nos confrontamos con muchas formas de familias y filiaciones que plantean problemas nuevos.

Jacques Lacan reconfiguró el discurso analítico para abordar estas nuevas dimensiones, estas nuevas formas de familias que vio desarrollarse desde los años 60.

Hay en Lacan una tensión fuerte entre lo que es su elaboración sobre la distinción

entre los padres de la realidad —que a veces se puede llamar padre real— y el padre simbólico, el padre Nombre-del-Padre, el padre-dios.

Esto introduce una hiancia entre los dos personajes, razón por la cual el padre en nuestra civilización es un ser cojo, desarticulado entre lo banal, lo común del padre de la realidad con sus peculiaridades, y lo que es la función del padre de articular algo con lo simbólico como tal, una función mucho más allá de los pobres padres de la realidad.

Hay una tensión en la enseñanza de Lacan entre la familia como un real y el padre como algo simbólico. La tensión entre el niño definido a partir de sus estatutos simbólicos —como ideal del yo o ideal de la familia, ideal para los dos padres pero especialmente para la madre— pone en juego al niño ideal de la familia, mucho más objeto de la familia, producido por esta familia real, objeto calculado y realizado de una manera muy especial.

La configuración freudiana de la significación fálica pasa por la amenaza de castración del padre al niño varón, que define después una significación fálica positiva en la que el niño varón se aloja. En la niña-mujer hay este cambio del objeto de amor: pasa del amor de la madre al amor al padre, y este pasaje deja distintas huellas.

Hay un cambio en el horizonte clínico de lo que se hace con el niño que tiene que elaborar la significación fálica cuando esta tambalea, cuando es inexistente o poco existente. Esto pasa por establecer las versiones del objeto a que tiene el niño, las separaciones que ha podido hacer de sus objetos y el valor del objeto a que tiene para la madre, lo que determina el valor fálico.

Este objeto circula, hace cópula entre el niño y la madre, y el niño mismo puede tener valor de objeto para la madre.

Lacan hace del amor al padre algo que pasa por la manera con la que se ocupa de los objetos a de una madre. De lo que ella se ocupa es de sus objetos a, que son sus hijos.

El padre, en esta nueva configuración lacaniana, es el que puede hacer una operación que da un lugar de mujer a una madre. La madre tiene sus objetos a y se ocupa de ellos; esto causa el deseo de la madre. Pero según Lacan, un hombre es digno de amor y respeto porque hace una metáfora particular con esta madre en tanto que

como mujer ella causa su deseo. Si un hombre hace esta alquimia particular, se produce el amor al padre.

Volviendo a Freud: él aborda al niño a través del ideal del yo de los padres —His Majestic the Baby— donde el ideal llega al niño a través del narcisismo parental que se transforma en el ideal del yo.

Jacques Lacan, en la “Nota sobre un niño”, evoca la distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre. Reformula a partir de la relación fantasmática entre el niño y la madre: el niño realiza la presencia como objeto a en el fantasma.

Lacan parte del deseo de la madre y del hecho de que se dirija a una falta. Está articulado alrededor de una x: si la madre da a ese x el valor de falo —“simboliza su deseo en el falo”— el niño satura al sustituirse a este objeto, el modo en que se especifica el deseo de la madre.

Cuando las madres hablan de sus hijos es como si fueran su verdad, su verdad de mujer. El niño da cuerpo a la verdad del deseo de la madre. No solamente este síntoma se desprende y toma cuerpo en lo real, sino que se dirige a ella.

El niño representa para el sujeto un lugar de exigencia inmediata —“la preocupación materna inmediata”—. Entre el niño como objeto y el niño ideal, el padre hace esta mediación en cuanto al goce.

Él articula la Ley y el ideal al falo; si no hay esta mediación, el ideal va por su lado y la pulsión por el suyo, lo que deja al niño abierto a todas las capturas fantasmáticas. Se vuelve el objeto de la madre y no tiene otra función que revelar la verdad de ese lugar: la verdad del síntoma deja su lugar a la verdad del objeto fantasmático de la madre.

Todo eso, en las familias contemporáneas —recompuestas, divididas, atravesadas por amores y odios nuevos— permite orientarse más que tener como único horizonte hacer creer que la única solución es una familia clásica y unida, o confundir una familia unida con lo real de la familia.

CAPITULO 3

CONSIDERACIONES FINALES

Concluir un trabajo que aborda las raíces del deseo, el entramado del amor y la compleja urdimbre que sostiene los vínculos entre madres, hijos y la ley simbólica, es intentar poner palabras allí donde el misterio persiste. El recorrido teórico realizado —desde el mito de Edipo hasta sus reformulaciones en el psicoanálisis contemporáneo— permitió entrever que el deseo, el goce y la ley no son solo conceptos, sino experiencias que atraviesan la existencia humana desde sus comienzos.

Freud nos mostró que el mito de Edipo no es únicamente un relato antiguo, sino la metáfora de una verdad inconsciente que se renueva en cada sujeto. Cada quien, a su modo, se enfrenta a su propio destino edípico: a la imposibilidad de poseerlo todo, a la necesidad de renunciar para poder desear. Lacan, retomando esa herencia, nos enseña que allí donde el deseo se constituye, también se inscribe la falta, esa herida estructural que nos separa del Otro y nos impulsa a buscar. El ser humano, dice Lacan, está condenado a desear, y en esa condena habita tanto su tragedia como su posibilidad de existencia.

La figura materna, en este contexto, se presenta como presencia y ausencia, como amparo y límite. Ella introduce al niño en el mundo del lenguaje, pero también debe consentir a separarlo de sí para que el sujeto advenga. De esa tensión entre el amor que retiene y la ley que expulsa, surge la posibilidad del deseo. Allí se aloja el núcleo de lo humano: el aprender a perder, el aceptar la falta como condición para existir.

¿De qué modo se reconfiguran hoy esos lazos? ¿Qué sucede con el deseo en una época que busca borrar la falta, que promete satisfacción inmediata y vínculos sin pérdida? La maternidad contemporánea parece transitar nuevos dilemas: entre la omnipresencia y el agotamiento, entre la idealización y la culpa, entre el cuidado y la imposibilidad. El psicoanálisis, lejos de ofrecer respuestas cerradas, invita a mantener abiertas las preguntas, a escuchar el malestar de cada época y las formas inéditas en que el sujeto intenta tramitar su deseo.

Quizás el complejo de Edipo siga siendo una brújula, no porque conserve intactas sus fórmulas, sino porque permite pensar la estructura del lazo humano: la tensión entre el amor, la ley y la imposibilidad. En el fondo, la tragedia de Edipo continúa

recordándonos que todo saber sobre el origen está marcado por la falta y que toda búsqueda de verdad conduce, inevitablemente, a un punto de no saber.

El psicoanálisis, con su ética de la palabra, ofrece un espacio donde el sujeto puede narrar su propio mito, donde el drama inconsciente se transforma en historia, y la repetición en posibilidad de creación. Tal vez esa sea la mayor enseñanza de Freud: que el destino no está escrito por los dioses, sino que se escribe, se reescribe y se resignifica en cada análisis, en cada palabra, en cada intento por comprender aquello que nos habita.

El cierre de este trabajo no pretende clausurar, sino abrir: abrir a la pregunta, a la reflexión, a la posibilidad de seguir pensando. ¿Qué resta del Edipo en la subjetividad contemporánea? ¿Qué lugar ocupa hoy la madre en una cultura que oscila entre la idealización y la soledad? ¿Y qué del padre, de la ley, de los límites, cuando las figuras simbólicas parecen disolverse en el horizonte de lo múltiple?

Quizás, como Edipo, todos estamos destinados a un encuentro con lo desconocido de nosotros mismos. Pero a diferencia del héroe trágico, el psicoanálisis nos ofrece una alternativa: mirar sin cegarnos, reconocer sin huir, y seguir deseando a pesar —y gracias— a la falta.

En ese punto, el cierre de este recorrido teórico se convierte también en una apertura: la invitación a continuar pensando, escribiendo y escuchando cómo cada sujeto, en su singularidad, vuelve a decir, a su manera, la eterna pregunta de Edipo: ¿quién soy?

“Cuando el deseo materno no encuentra borde, el hijo queda tomado como objeto: allí donde falta el límite simbólico, el estrago hace marca; la cura, entonces, busca dar nombre y borde a ese exceso.”

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bafico, J. (2004). *Introducción a la teoría lacaniana: práctica y teoría*. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Bafico, J. (2006). *El goce, la locura, la clínica*. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Bafico, J. (2017). *El porvenir del síntoma*. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Bafico, J., González Imaz, M., & Cabral, E. (2004). *Introducción a la teoría lacaniana: práctica y teoría*. Montevideo: Psicolibros.
- Bafico, J., & Otros. (2006). *Edipo: mito y tragedia*. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Bafico, J., González Imaz, M., & Cabral, E. (2006). *Edipo: mito y tragedia*. Montevideo: Psicolibros.
- Bafico, J. (2019). *Vidas contemporáneas*. Montevideo: Psicolibros Universitario.
- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconsciente: las experiencias tempranas y su destino*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Benjamin, J. (1988). *Los lazos de amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bowlby, J. (1969/1989). *El apego y la pérdida: Vol. I. El apego*. Barcelona: Paidós.
- De Cristófano, A. (2020). *Tiempo y deseo en la clínica contemporánea*. Montevideo:
- Freud, S. (1897/1992). *Carta 71 (Extracto de la correspondencia con Fliess)*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. I, p. 261). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900/2012). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2013). *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1909/1992). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Caso Juanito)*. En *Obras completas*, vol. X. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1913/1992). *Tótem y tabú*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921/1992). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923/2008). *El yo y el ello*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924/2006). *La disolución del complejo de Edipo*. En *Obras completas*, vol. XIX. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1931/2008). *Sobre la sexualidad femenina*. Amorrortu Editores.

- Nasio, J. D. (2015). *El libro del dolor y del amor*. Paidós.
- Lacan, J. (1957–1958). *El seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960–1961). *El seminario, libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969–1970). *El seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, É. (2006). *La clínica del sujeto contemporáneo*. En *La Cause freudienne*, 63, 77–86. París: Seuil.
- Laurent, É. (2012). *La batalla del autismo: De la clínica a la política*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Miller, J.-A. (2008–2009). *Sutilezas analíticas*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2008). *El partenaire-síntoma*. Buenos Aires: Paidós.
- Sófocles. (2008). *Edipo Rey* (Trad. J. Bergua). Gredos.
- Tendlarz, S. (2015). *Madres y mujeres: el deseo en la época del Otro que no existe*. Buenos Aires: Grama Ediciones.